

Marta Vergara

MONTPARNASSE

MORADAS, azules, rojas, blancas, grises, y negras entraban las mujeres a los cafés de Montparnasse. La pequeña boina obispa en la punta más lejana de la cabeza, el paso en cinco tiempos: los senos, la nuca, las caderas y los pies marcando los compases. Junto a las pequeñas mesas los sudamericanos sincopaban a su vez y dilataban sus aspiraciones hacia un amor francés, ruso o marroquí; equivalente de una nueva etiqueta de la valija que comprueba el paso del viajero por las expresiones geográficas: Holanda, Algeria, Java, Kurdistan. La mujer es ahí la fauna y la flora de cada país ofrecida en un mercado de cambio depreciado. Es el turismo sintetizado alrededor de la máquina del café con leche, y el placer a domicilio ofrecido por el sindicato de iniciativa personal.

Ronda de niñas en la tragedia cotidiana de la exaltación ajena. Mujer de cada puerto para todo marinero fracasado que suple el mar con un pernot y el infinito con un espasmo en el que tropieza consigo mismo.

La chair est triste, hélas!
et j'ai lu tous les livres.
Mais ô mon coeur entends
le chant des matelots!

Las pupilas adormecidas buscan con tenacidad emborrachada en las de las mujeres ofrecidas. Buscan, buscan en la ronda. Y descuelgan las pestañas asaeando el horizonte, desenredando la sonrisa y la mueca que estropean. —¡Ven! dice la voz ronca que adivina.

Y se van por la calle oscura tras la orquesta del mar. Del más allá se vuelve pronto, demasiado pronto. No fueron con su barco hacia ninguna parte y del mar sólo siguen escuchando los cantos de los marineros junto a una copa de pernot.

«¡No era ella, pero quizás eres tú!»

—¡Ven! dice una vez más la voz tendida.

Ya más tarde los paisajes se confunden, y la voz enmudece. El mar se retira y de él sólo quedan los maderos y los restos de la tierra a la que nunca fué y que es todo lo que alcanza a conocer el hombre que milenariamente espera que se lo lleve el mar.

María se dejaba arrastrar por la multitud, admirada de ver en los otros la posibilidad de alegrarse.

—Es curioso—se decía—. ¿Por qué estarán contentos?

Un americano del norte, limpio e inofensivo como una pasta dentífrica, sentado en medio de un grupo bullicioso, se colocó sobre su cabeza el sombrero de su compañera y tal hecho provocó una carcajada general. Las muchachas con la sonrisa sólidamente atada a las mandíbulas mostraban sus molares, mientras otras mascaban la goma del «slang» americano.

El manual de la perfecta alegría circulaba profusamente de cuerpo en cuerpo. De acuerdo con él los muchachos descolgaron de una canción una pareja sentada en el arco de la luna, y mil palomas, al son del «blue» sentimentalizaron su actitud.

El manual del placer circulaba a su vez de mesa en mesa. Sus discípulos recorrían sus páginas en las dis-

tintas falanges femeninas. Los principiantes conectaban y desconectaban precipitadamente. Los metódicos ponían conciencia y prolijidad en el trabajo. Los aturridos olvidaban el conmutador y perdían el ritmo impuesto. Los científicos operaban fría, pero certeramente.

Las pistas humanas sacudían su letargo y mimetizaban el ardor disfrazados de sugerencias adquiridas.

—Tú eres el hombre soñado. Decía la voz del manual de la atracción.

—Gracias, guarda ese rol para otro actor y déjame tranquilo.

La ingenuidad o la indiferencia acomodaban a otros más sencillos.

Los autos se detenían momentáneamente junto a la vereda y las señoras bien, dentro del coche, miraban el espectáculo de acuerdo con su interpretación.

—¡Quién fuera artista—decía una suspirando—para poder bajar y sentarse, ahí junto a una mesa!

Otras menos bien, pues sólo marchaban sobre sus propias piernas, pasaban sonrientes, asiendo sólidamente el brazo de sus esposos. Tentadas, aceptaban el reposo momentáneo que les ofrecían las sillas receptoras, y ahí, cortaban electrizantes, las miradas que caían en el cercado conyugal o las que volvían al ajeno.

Pasado un momento, ni muy largo ni muy corto—el momento justo para resarcirse en espectáculo del dinero consumido, sin el retardo que indicaría especial delectación—el cercado conyugal avanza firme y seguro entre la inestabilidad de las ojeras moradas y de los pioniers montparnassianos, perdiéndose en la lejanía y los reflejos de un macizo y magistral catre de bronce.

(Capítulo de una novela en preparación).